

Todos los trabajos premiados del

Concurso de Narrativa Breve de la vida judía en la Argentina

Llamamiento
ARGENTINO JUDÍO

COMISIÓN DE CULTURA

I CONCURSO DE NARRATIVA BREVE
"Dardo Esterovich"
De la vida judía en la Argentina

Entrega presencial de medallas y diplomas a los ganadores:

1er. premio: Marcelo Blasi – El día que fui asquenazi
2do. premio: Osvaldo Daniel Uchitel – El círculo
3er. premio: Lala Altschuler – El encuentro
Mención: Nora Gruszka – Desnudez
Mención: Juan Carlos Viale – Lo delataron sus ojos
Mención: Sara Brunstein – Brindis

SÁBADO 4 DE JUNIO – 17.30 HS.
En La Cacerola (Franklin 46)

Nueva fecha

1er premio: Marcelo Blasi

El día que fui asquenazi

Esa fría mañana de junio, la llovizna tenue caída desde la madrugada había empapado el barrio en pocas horas. Desde la ventanilla del auto, camino al Templo en el cual Elías, ahora en un cajón encabezando el cortejo, había pasado todos los sábados y festividades de los últimos cincuenta años de su vida, se veían los negocios aún cerrados y a algunas personas tratando, sin éxito, de guarecerse mientras esperaban el colectivo.

El hombre, ingresando ya en la fragilidad de todo recuerdo, había llevado una vida limpia, de mucho laburo esmerado y constante y de jubilado sufriendo injustas estrecheces. Murió convencido del valor de la palabra y de que el esfuerzo tiene su recompensa, con una candidez digna del santo o del ingenuo. Después de haber sufrido tantas carencias en su infancia en La Boca, en esa comunidad sefaradí pequeña y humilde, se había acostumbrado a agradecer cada uno de los pequeños placeres que fue conquistando, los cuales otras personas, más favorecidas o menos agradecidas que él, hubieran considerado tonterías sin valor: el afecto de su familia, el sabor del café y el cigarrillo, un campeonato de la azul y oro, la ópera, el gol de Maradona a los ingleses. Todos eran tesoros dignos de un rey, que Adonai le había concedido en su inmensa misericordia. Creo que él lo hubiera dicho así, pero no estoy seguro. Es decir, no sé si creía en Dios, pero sí sé que creía ciegamente en Beethoven.

Cuando me conoció, fui el goy que salía con su hija, y no se había hecho, aún, a esa idea, el día que anunciamos que viviríamos juntos sin casarnos. Pasó del asombro a la aceptación rápidamente, aunque nunca dejó de mirarme como a un bicho raro que festejaba Navidad y respetaba el viernes Santo sin entusiasmo ni convicción, pero con regularidad inquebrantable. En ese punto, a lo mejor, pienso ahora, después de tanto tiempo, nos parecíamos bastante. Los ritos, las tradiciones, nacieron para ser respetadas. Por encima de cualquier reflexión o sensatez, como todo lo religioso. El judaísmo, en su caso, y el catolicismo, en el mío, nos daba la incierta seguridad de que nunca estaríamos del todo solos. Por ese motivo, esa mañana fría y lluviosa, el cortejo iba a paso lento hacia el Templo. Buscando, sin sentido, algo de sentido para una muerte injusta. Porque debemos convenir en que algunas muertes hacen del mundo un lugar peor.

Cuando llegamos, el cortejo se detuvo y bajamos los varones. Chiche, siempre decidido, se anticipó a la morosidad del resto y dijo, sin dirigirse a nadie en particular: “dejá, yo me encargo” y desapareció por una de las puertas laterales. Mientras esperábamos, calándonos hasta las tripas, recordé algunas cosas que se contaban de Chiche, una especie de primo segundo de todos. Decían que era muy gracioso (y lo era), que había manejado un colectivo toda su vida, que una vez se había desviado del recorrido nada más que para alcanzar a Elías hasta su casa, que había nadado en las calles de Mar del Plata en las inundaciones de los años cincuenta, que en cada aniversario de la muerte de Gardel daba un pequeño y sentido discurso en su homenaje en el monumento del cementerio de Chacarita. Cuando contaban esas cosas, él callaba y, así, disfrutaba el crecimiento de su modesta leyenda.

Después de una breve eternidad, apareció Chiche con alguien que era, a todas luces, el Rabino, quien dijo algunas palabras en árabe que no entendí. Nos miró a todos, con parsimonia. Diez varones tristes, ensopados de lluvia, ateridos, esperando junto al cuerpo de un hombre bueno. Habló en voz muy alta y ceremoniosa, y me miró, como estudiándome. Nueve de nosotros murmuraron unas palabras que seguían pareciéndome árabes. Bajé la cabeza para disimular mi mutismo, mi turbación. Sin embargo, pude sentir que el Rabino nos observaba, hablando con un tono que pasaba del desconcierto al enojo. Había advertido que éramos 10 varones y, al mismo tiempo, éramos 9. No había solución posible. Ante nuestro silencio, infinitesimal, el Rabino me señaló. Chiche me miró, miró al Rabino y dijo, con firmeza:

— Siga nomás. Este es ashkenazi. No entiende nada.

El resto asintió con la cabeza. El Rabino dudó un instante. Luego pareció reconfortado, me sonrió beatíficamente y comenzó el rezo.

Esa mañana gélida y aciaga, fue escenario y testigo de un acto de justicia. Y de una gran mentira piadosa.

2do premio: Osvaldo Daniel Uchitel

El círculo

La mañana pintaba gris cuando partimos, Papá al volante y mi hermano de copiloto. Papá se mostraba relajado y jovial, lejos de la tierna formalidad con la que trataba a sus pacientes antes de llevarlos al quirófano. El primer objetivo era llegar a la balsa que cruza el Paraná desde Zárate hasta Brazo Largo, Entre Ríos. De allí a Basavilbaso, donde solíamos hacer el saludo de rutina a nuestro legendario tío abuelo, venerado por su entrega como médico del pueblo. A partir de Baso el camino de tierra y ripio se abría entre los campos y serpenteaba a lo largo de la vía del tren pasando por varios pueblos. Entre ellos, el pueblo Domínguez, donde en una esquina se encontraba la antigua farmacia que más tarde alojó el museo de la colonización judía. Lo visitamos en un viaje anterior. En ese entonces nos atendió el hermano del comisario, que oficiaba de custodio de los recuerdos de una colonización que marcó la historia de mi familia. Allí encontramos los libros que certifican que mis bisabuelos y sus diez hijos partieron de Odesa, escapando de la opresión zarista, desembarcando en Colón, Entre Ríos en octubre de 1894. El menor, mi abuelo Israel, tenía tan solo dos años. Entre los objetos y cuadros de la época se encontraban planos de las tierras asignadas a las familias de inmigrantes unidos en esa aventura compartida de colonizar las deshabitadas tierras adquiridas por el mecenas Barón Hirsch. Un terruño entre Santa Ana y Las Moscas figuraba como la parcela asignada a la familia. Quien finalmente se asentó allí fue mi abuelo, incorporándose así al denominado colectivo "gaucho judío".

Papá continuaba su relato mientras avanzábamos por estrechos caminos cortajeados por huellas de carruajes y de camiones, impronta de la última lluvia, Nos contaba la pobreza inicial y el duro pero exitoso trabajo de mis abuelos que les permitió alquilar campos, extender los sembradíos de trigo y acceder a una vida más cómoda, automóvil incluido. Mientras tanto nuestro pequeño automóvil, un sedán negro, seguía avanzando, dejando atrás una estela de polvo que envolvía las humildes casas de los vecinos. Ellos reconocían el coche del doctor y nos saludaban. También contaba sus recuerdos de la niñez, el colegio del Estado, donde cursó la primaria, que formaba junto al colegio judío y al teatro judío un pequeño núcleo cultural en medio de la nada y a kilómetros de la casa de mis abuelos. En su relato nunca dejaba de recordar la tarea ciclópea de la *Bobe* lavando la ropa de la peonada con un lavarropa casero conformado por un pequeño estanque circular ubicado en una parte alta del campo, al cual el abuelo, con mucho ingenio, había incorporado una paleta de madera que, traccionada por una mansa yegua, batía la ropa enjabonada. Tan mansa la yegua no era, contaba Papá, recordando la travesura de pararse detrás y molestarla logrando que le disparara una patada que le partió el labio dejándole una marca indeleble. Fue durante esos años prósperos que el interés del abuelo por el trigo se fue transmutado por tener un hijo doctor.

Papá partió para Buenos Aires a cursar los estudios secundarios sin tener conciencia clara del legado que llevaba. Fue a vivir a la casa de una tía y durante un par de años recibió dinero del trigo cosechado. En el Colegio Mariano Moreno conoció a quien sería su cuñado.

Poco a poco en el campo la buena ventura se fue trastocando, pero la voluntad de tener un hijo doctor se mantenía firme como la huella del camino reseca por el sol. Papá ingresó a la Facultad de Medicina, vivió hospedado por su amigo y trabajó de celador en un colegio secundario. Dos años seguidos las langostas arrasaron con los trigales y con los ahorros de muchos años de labor intensa. El abuelo entró en bancarrota y los acreedores atrás de él. Como en las películas de suspenso, mi Papá logró sobre la hora levantar la hipoteca sobre la última parcela. El dinero fue un adelanto de dote de su futuro suegro, un colchonero venido de Polonia que de cardar colchones casa por casa logró instalar una colchonería en la calle Warnes. A esa parcela, qué heredó Papá, nos estábamos dirigiendo. Allí no quedaban rastros de la casa de mis abuelos, que abandonaron el campo tristes y enfermos. Sólo perduraba el círculo de piedra del viejo estanque.

Después de muchos años de abandono y usurpación Papá recuperó el campo e hizo construir, bajo una añeja arboleda ubicada a un centenar de metros de la tranquera principal, un galpón y dos pequeñas casas, una para nosotros y otra para el peón. El sitio donde vivieron mis abuelos no se tocó, pero el tiempo lo fue limando.

Juan, el peón que atendía el campo, había escuchado en el noticiero matutino de la radio local el mensaje avisándole nuestra llegada. Juan me esperaba con el zaino listo para montar.

No se había asentado la polvareda del camino cuando yo ya estaba subido al caballo galopando hacia el sitio abandonado de mis abuelos. Visitaba el estanque circular a modo de saludo y respeto. Además, desde la altura podía divisar en el camino algunos puntos lejanos que poco a poco se acercaban y se transformaban en sulkis, carretas o jinetes a caballo. Uno por uno abría y cerraba la tranquera pausadamente y se ponían en fila frente a nuestra casa esperando que el doctor los atendiera.

El gaucho judío, duro trabajador del campo, había sembrado trigo y cosechado un doctor y como en el círculo de la vida hoy el doctor devolvía a esa tierra lo que la tierra en él sembró.

3er premio: Lala Altschuler

El encuentro

Arribamos a Buenos Aires. Una muchedumbre compacta está allí, en el puerto, los pañuelos blancos agitándose al viento... Sábado, 2 de junio de 1951. Una espléndida mañana. La espera agita aún más los pañuelos. La muchedumbre intenta escudriñar en la distancia a los seres queridos. El barco separa lo que el tiempo ya había separado, hace tanto de esto. No han distinguido todavía, entre la multitud, a aquellos con los cuales en breves instantes anhelarán fundirse en un abrazo. Me sorprenden las cabezas cubiertas. Desde la altura del barco en la que me encuentro la multitud de sombreros parece moverse impulsada por los pañuelos. Y de pronto, la cara de padre se ilumina; entre el gentío, y no sé cómo, distingue a sus primos, no sé cómo, pues éstos, unos años mayores, se habían ido de Polonia siendo adolescentes, cuando él era poco más que un niño. Me los señala... Alter, Sojer. Comenzamos a descender, a los empellones, junto a una masa ansiosa que quiere dejar el barco lo más rápido posible: lo más rápido que puedan atravesar el cerco, la brecha que los separa de la vida de los otros; lo más rápido que puedan querrán, uno a uno, reunirse con ellos; lo más rápido que puedan, zanjar la fosa que la guerra y el hambre han cavado. Y pretenderán saltar la fosa, atravesarla, dejarla atrás. Y al mismo tiempo querrán no dejar solos a sus muertos.

Nos sentamos a una mesa principesca. En mi vida había visto semejante cantidad de manjares y de vajilla. Nunca, que se pudiera comer una entrada de pescado, luego un plato de pollo, y luego -¡cómo no!- el plato nacional de bife con papas fritas. Veníamos de nueve años de racionamiento y miles de kilómetros deambulando la sobrevivencia: Siberia, Uzbekistán, los campos de refugiados en Alemania, Israel, retorno al campo de refugiados... Argentina.

Estoy hambrienta de habla. Aprendo vorazmente el castellano, y el mismo empeño que pongo en aprender lo pongo en olvidar, sin darme cuenta de ello. En los siguientes años me olvidaré vertiginosamente del polaco, del hebreo, del ruso, del idish. Nada querré saber, nada querré pensar, nada de mí se me ocurrirá siquiera contarles a los otros: de dónde venía, de dónde era. Una gran distancia de experiencias me separaba de la vida de los otros.

Nunca supe en qué idioma había aprendido a hablar, en qué idioma hablábamos con padres o con mi hermano; en Israel yo hablaba hebreo, pero ¿Y entre nosotros? ¿Y luego? Sé que no era en idish; que fuera en ruso lo dudo, pues madre lo hablaba mal ¿en polaco entonces? La pregunta insiste, una y otra vez: los primeros años en la Argentina ¿nosotros en qué idioma nos comunicábamos?

En Buenos Aires descubro que existe lo que puede perdurar en el tiempo, y con ello, la fugacidad en la que había vivido. La fugacidad, recién ahora la descubro, es lo que había caracterizado nuestro mundo, tan ancho y tan ajeno. Aquí en Buenos Aires, la vida para los que habían nacido en ella, yo lo creía así al menos, estaba hecha de las rutinas de lo cotidiano. Y lo cotidiano protege, sus hábitos te visten, te amparan.

Hace unos años me llama un amigo y me cuenta que en "Dom Polski", la Casa Polaca de aquí, de Buenos Aires, encontró una guía comercial de Polonia del año 1933. El

infinito camino hacia la calle Borges lo hago con el corazón en la boca, embriagada de irrealidad busco el nombre del abuelo en la guía, y allí lo encuentro. Su nombre, su apellido, su dirección: Abraham Urmacher, fotógrafo, y la dirección del estudio fotográfico. Por primera vez, y a través de la letra impresa, mi abuelo deviene vivo; y la letra, letra viva. Más allá de la existencia que hasta ahora había tenido en mí, en el relato íntimo de padre o madre. Su nombre. Su dirección, escritos en una guía, corroboran su existencia y me llenan de incredulidad. Es un documento que lo sitúa en relación a un orden civil. Dato precioso y preciso, de una vida ciudadana que fue, con sus amores, sus pasiones secretas, su total falta de sentido para la vida práctica. Vida que me vuelve vida en Buenos Aires, de la que quién sabe si tuvo noticias, más allá de los tangos polacos que tía y madre cantaban. ¿No te asombra esto?, en la lejana Buenos Aires, donde residimos su hija, su yerno, su nieta, sus bisnietos, en el estante superior de una inmensa biblioteca de la Casa Polaca situada en la calle Borges, en un tomo de una vieja guía, está él, a la espera de que el milagro ocurra. Que otra mirada concorra al olvido de lo que él fue en el campo de Treblinka.

Y quiso el destino que fuera aquí, en la calle Borges. Que aquí devenga nuevamente un hombre, nombrado como tal, y no ese número que fue en Treblinka. Un hombre: Abraham Urmacher: *Fotograficznezaclady (photographes): Pilsudskiego*, su calle. Nombrado entre otros. Nuestro abuelo.

Mención: Nora Gruszka

Desnudez

Un poco de fresco, de viento, algo. Amanece, ni miras de nubes. La arena se calienta. El hotel sólo tiene ventiladores de techo y el aire es cada vez más espeso. Las sábanas están tan mojadas que él decide desayunar afuera, con la sombrilla orientada hacia el este puedo hacer un asado durante la mañana, piensa.

En la carpa que está frente al mar hay tres parejas jovencísimas con muchos hijos. Los hombres están en malla y las mujeres vestidas. Ellas colocan las sillas en semicírculo mirando las olas. Sus largas polleras rozan la arena, las camisas abotonadas del cuello a la cintura, sólo se sacan los zapatos. El calor es agobiante. Charlan mientras los maridos juegan al truco y los pequeños corren por la orilla. Entran al mar en manada y llaman a los niños que nunca dicen que no. A veces, las chicas se acercan a mojarse los pies y vuelven a sus sillas.

Siempre se sientan en los mismos lugares. El semicírculo es igual cada día, los precios del supermercado y qué cocinarán cada una esa noche son el tema. A las doce en punto se paran, abren el librito y acompañan la lectura con movimientos de todo el cuerpo, hacia adelante y hacia atrás. Luego preparan la mesa para almorzar. Una de ellas se rasca mucho la cabeza, con ambas manos a los costados por encima de las orejas y parece que el cuero cabelludo se mueve.

Como si tuvieran un reloj en el estómago, los hombres llegan con los niños. Ahí, comienza la comilona. Las mujeres los atienden. Hablan todos a la vez. Los que comparten el patio en la playa tienen un show extra cada mediodía. La tarde se vuelve negra. De lejos se ve el cielo cada vez más gris y una leve brisa comienza a soplar. Las mujeres que siempre permanecen sentadas se levantan a llamar a los niños para abrigo y en un segundo se ve en la arena una peluca que vuela, y cerca de la orilla otra y otra más allá y las mujeres que buscan a sus niños corren. Son las pelucas voladoras, no pueden atraparlas, el viento hace remolinos, la arena se levanta, entra en sus ojos y los pegotea. Las pelucas corren solas. Ellas desesperadas se tapan su propio cabello con las manos, las pelucas llegan al mar. Las mujeres se las prueban, pero imposible identificar la propia mientras el viento se las vuelve a sacar.

La lluvia cae y llega el alivio. Al otro día, la carpa que mira al mar está vacía.

Mención: Juan Carlos Viale

Lo delataron sus ojos

Dana arribó de Europa en 1951. Aquí, en Argentina, la esperaba su tío Samay y su esposa Ana. Llegó dejando todos sus afectos enterrados en una obscena fosa común a más de 12.000 km de distancia.

Sus tíos vivían en González Catán, una localidad del Oeste del gran Buenos Aires, sobre la Ruta Nacional Nº 3; donde tenían una fábrica de camperas.

Le costó adaptarse (por el idioma y por el peso de su mochila emocional), pero el haber aprendido el oficio de costurera le ayudó a integrarse. Así conoció a Ramón (Encargado de Mantenimiento del establecimiento); cuatro años después se casaron y se mudaron a su propia casa en Virrey del Pino (a unos 12 km de su trabajo).

Dos años más tarde Ramón le manifiesta a Don Samay que, como su Empresa no marchaba bien, había conseguido otro trabajo en la fábrica de camiones Mercedes Benz Argentina, sobre el km 43,500 de la misma Ruta 3 en Virrey del Pino (cerca de su casa).

Tres años después, en su hogar...:

- ¡Dana!

- ¡Hola Ramón! ¿Cómo te fue?

- Todo bien. Te traje un regalo.

- ¿Un regalo?

- Es una revista interna que publica la Empresa todos los meses y esta vez salieron las fotos de nuestro sector. Mirá.

- ¡Qué lindas...! Pero... ¿y ésto?

- ¡¿Qué pasó que te pusiste pálida?!

- Ramón ¿quién es ese hombre?

- Es un alemán, poco sociable, se llama Ricardo Klement y hace unos dos años que trabaja con nosotros. ¿Por?

- Por nada. Sólo me pareció conocido...

Pero ella se quedó estremecida, como reviviendo una pesadilla, sintió que esa mirada laceraba su humanidad. Esa noche no pudo dormir. La pasó arrodillada en una fría bañera, con la luz encendida, mirando la nada, como desenterrando recuerdos que ya creía muertos...

Al día siguiente...:

- Ramón, voy a ir hasta el barrio de la Mercedes Benz. Me enteré que hay un curso de peluquería y quisiera anotarme.

- Me parece bien Dana. Quizás más adelante puedas trabajar aquí mismo, en casa.

Con la excusa de estudiar, Dana fue varias tardes, en el horario de salida de los operarios, hacia el predio de Mercedes Benz, hasta que pudo identificar al sujeto.

Pero necesitaba un contacto más cercano para confirmar su presentimiento. Para ello se mezcló entre las empleadas y, al cruzarse con él, tropezó (a propósito) cayendo delante suyo. El individuo la ayudó a levantarse y le preguntó si estaba bien.

Ella lo miró y enmudeció... A pesar que en su aspecto actual era un hombre con pronunciada calvicie y usaba anteojos, ¡era él! Lo confirmó por sus ojos; penetrantes, violadores, y con aire de soberbia.

Por un instante, que le resultó interminable, recordó cuando irrumpía en la barraca; y, parado frente a cada una de las prisioneras, estudiándolas de pies a cabeza, sólo expresaba:

- *Ésta, ésta, y ésta...*

Y los guardias les miraban los brazos y tomaban nota.

Dana, sin responder nada, se alejó; ya sabiendo lo que debía hacer. Pero, lo que no sabía, era que también ella estaba siendo vigilada...

_ Lunes 9 de Mayo de 1960: Parecía que las agujas del reloj se negaban a marchar. A las dieciséis Dana escondió un cuchillo de cocina en su cartera, y se dirigió a la parada del colectivo de la Línea 620 para volver a ir hasta la fábrica de camiones.

Esperó la salida del personal y, al ver al alemán, intentó atacarlo; pero dos hombres se lo impidieron abruptamente. Por la violencia de la acción Dana cayó desvanecida y, con un pretexto absurdo, la cargaron en un auto y se la llevaron. Luego, estando inconsciente, en idioma hebreo repetía ¡Rotzéaj! ¡Rotzéaj! ¡Asesino! ¡Asesino!). Los agentes, al escucharla, se miraron asombrados y decidieron revisarle su antebrazo izquierdo, y descubrieron, como grabado a fuego, un tatuaje de refugiada A17021...

Minutos después...:

- *¿Dónde estoy? ¡¿Por qué me vendaron los ojos?!*

- *¡Tranquila! Somos amigos. Pertenece al Mossad (Agencia de Inteligencia Israelí) y la vendamos por su propia seguridad. Entendemos lo que siente, pero déjenos hacer a nosotros; le aseguramos que ese asesino va a recibir lo que se merece.*

La dejamos acá, espere unos minutos y luego puede sacarse la venda; y, por favor, ¡no cuente ésto a nadie!

_ Virrey del Pino, viernes 20 de Mayo de 1960:

- *¡Hola Querida!*

- *¡Hola Ramón! ¿Cómo te fue hoy?*

- *¡Bien! Dana ¿te acordás del alemán de la foto? Ése que te parecía conocido.*

- *¡Sí! ¿Por qué?*

- *No fue a trabajar en toda la semana, se rumorea que desapareció...*

_ Jerusalén, lunes 23 de Mayo de 1960: David Ben Gurión (Primer Ministro) informa al mundo entero, frente al Knesset (Parlamento de Israel), que sus Servicios Secretos han localizado, seguido, capturado y arrestado ahora en territorio israelí, a uno de los mayores criminales nazi, Adolf Eichmann...

Mención: Sara Brunstein

Brindis

¡Buen día! Quisiera hablar con vos ¿podés pasar un momento?

El farmacéutico, con las manos en los bolsillos, golpeteando un talón de sus zapatones contra el otro y con una indescifrable sonrisa en el rostro, invitó a pasar al apurado viandante, quién se detuvo sorprendido.

Nu, ¿de qué se trata?

Pasá, pasá, vamos a hacer un brindis.

Alternaban el castellano y el idish sin solución de continuidad. Ambos estaban acostumbrados a hablar idish en sus propias casas, para evitar que sus hijos entendieran... Por supuesto que chicos y chicas iban a la shule en contraturno, pero el idioma de los antepasados se aprendía tratando de entender lo que querían ocultar los adultos, más que en el salón de clases.

Jaime, en la puerta de su farmacia, estaba invitando a Samuel, gerente de la Lucienville, con mucha amabilidad, aunque con un brillo pícaro en los ojos.

La Lucienville de Basavilbaso, primera cooperativa agrícola, había sido fundada en el mil novecientos. Samuel fue su gerente por espacio de veinte años a mediados del siglo. Su trabajo se centró, en principio, en fomentar en los socios la confianza en la institución. Algunos colonos vacilaban... ¿recibirían en tiempo y forma el dinero del trigo, del lino, del arroz, del girasol?

El gerente, que había comenzado como empleado de almacén, luego contador (sin título, cierto, pero en aquella época no era necesario), tenía un enorme compromiso con su trabajo. Aun así, una de sus iniciativas, terminó en un rotundo fracaso...

--¿Una cosechadora para todos los colonos de la línea 21? ¡Ud. tiene cada idea, gerente! ¿Cómo vamos a comprar una sola si todos necesitamos levantar la cosecha al mismo tiempo? ¿Quién lo haría primero y quién último?

El gerente de la Lucienville creía profundamente en el diálogo, era muy hábil negociando, ofreciendo ejemplos, destacando ventajas innegables. Su profunda fe en los principios cooperativos le aportaba argumentos, pero no logró convencer a los colonos de los beneficios de la propiedad conjunta. Cada dueño de las noventa o cien hectáreas, que muchos obtuvieron con ayuda de la Jewish, optó por comprar sus propios elementos de trabajo.

Pero, por otra parte, la Cooperativa Lucienville floreció, amplió sus secciones de cereales, corralón, semillas, se transformó en un centro de consumo con sede propia, con almacén, tienda, ferretería, y su influencia se extendió a poblaciones vecinas. Gilbert, Líbaros, una aceitera en Domínguez ... la importante Fábrica de Aceites Vegetales que llevó el nombre de Miguel Sajaroff, en memoria de ese gran maestro de la cooperación.

Samuel podía sentirse satisfecho de su gestión al frente de la histórica cooperativa. El aumento del número de socios, que facilitaba la expansión, hablaba a las claras de la confianza lograda en medio de las dificultades y contratiempos. Ningún colono se vio

defraudado: la institución que había recibido sus cereales pagaba exactamente cuando había prometido hacerlo.

Aunque...la realidad era que muchas veces no se había podido comercializar la producción a tiempo y no había fondos en la caja societaria. En esos momentos cruciales, mientras el colono esperaba su dinero sentado en la gerencia, Samuel salía por otra puerta hacia la calle. Apurado y decidido.

¿Qué adónde iba? A buscar a sus amigos en buena posición económica para solicitarles un préstamo. Al farmacéutico, por ejemplo...

¿Partidario de la solidaridad, ayuda mutua, esfuerzo colectivo? Quizás no, pero buen amigo.... con sentido del humor y paciencia, conocedor de lo olvidadizo que era el gerente.

-- ¿Y cuál es la buena noticia, Jaime?

-- La historia comenzó un año atrás. Te la resumo porque te veo apurado: en aquel momento te presté cinco mil pesos para pagarle el trigo a Don Huck ...

¡Mazel tov, tu deuda ya camina! ¿No te parece un buen motivo para un brindis?